

REPASO DE EXPERIENCIAS HISTORICAS Y DATOS ESTRUCTURALES

*El trabajo anterior fue escrito con bastante anterioridad a la elección presidencial chilena de setiembre de 1970. Parecería que no cabe intentar a tan breve plazo un examen de sus proyecciones a la luz de las discusiones que anteceden. Sin embargo, nos ha parecido útil agregar parte de un comentario sobre la materia escrito por nosotros**

SIGNIFICADO DEL TRIUNFO DE LA UNIDAD POPULAR

¿Cuál es el sentido básico de la victoria electoral de la Unidad Popular? En esta materia podría plantearse la siguiente hipótesis: que *ella representa por encima de todo el ascenso a una posición de poder de los trabajadores organizados y con mayor conciencia política e ideológica*. Brevemente: los que fueron «carne de cañón» en 1920, «segundo violín» en 1938 y competidores por una hegemonía en 1964, han llegado finalmente a colocarse como fuerza principal en la constelación política.

Se trata, sin duda, de un vuelco trascendental, por sí mismo y por sus implicaciones reales o supuestas. Estas implicaciones, por otra parte, son las que dan una importancia que ha sido reconocida nacional e internacionalmente a lo que, en otras circunstancias, podría ser un simple episodio de cambio en la correlación de fuerzas.

Sin embargo, antes de entrar al examen de ese aspecto, es útil hilvanar algunas observaciones complementarias.

Una de ellas, la más visible y ya adelantada, es que la transformación del balance de poder visible o electoral

*Véase *Panorama Económico*, N° 257, septiembre de 1970, Stgo. de Chile.

no sólo es marginal desde el ángulo cuantitativo, sino que tiene lugar en una nueva versión del arreglo triangular de los sectores políticos.

La segunda, tanto o más importante y que se deriva de la anterior, es que el ascenso a una posición-cje del universo obrero organizado y politizado no involucra automática o necesariamente la incorporación y participación correspondiente de otra gran masa, socialmente mayoritaria y electoralmente decisiva, que todavía permanece fuera o está sólo en la periferia del sistema de poder. Ella representa aproximadamente entre el 30 y el 40% del contingente ciudadano, y posiblemente una cuota mayor de la población total; son los »sumergidos« o »marginados«; los chilenos que están todavía muy lejos de satisfacer sus necesidades mínimas de »pan, techo y abrigo«, para quienes un sueldo vital es una meta lejana; los desempleados y los de ocupación parcial y precaria; los que no tienen sindicatos que los defiendan y, más aún, que carecen hasta de condiciones objetivas para organizarse.

En el hecho, las cifras electorales sugieren que sólo una pequeña parte de esa masa votó por la izquierda, y que en su mayoría, y por distintas razones, lo hizo por alguna de las otras dos candidaturas.

A la pòstre, pues, la cuestión decisiva que se abre hacia el futuro reside en si será la izquierda —ya en una situación de poder— u otro grupo el que cumplirá la nueva, indispensable y, en gran medida, inevitable tarea histórica que se perfila hacia el futuro, esto es, la incorporación *real*, y no solamente electoral, de esa masa a la sociedad.

EL FUTURO: ANALOGIAS Y DATOS ESTRUCTURALES

Intentaremos ahora examinar sumariamente las proyecciones o consecuencias ulteriores teniendo a la vista algunos datos estructurales del problema.

Para enhebrar el análisis es necesario referirse concretamente a algunos puntos del debate en curso. Como se sabe, ciertos núcleos estiman que la victoria de un candidato socialista involucra una reproducción a corto o mediano plazo del cuadro general que ha emergido en los distintos países donde han tomado el poder agrupaciones que se guían por el marxismo (o por lo que se considera como tal). Otros, por el contrario, sostienen que no hay razón para tal supuesto y que los cambios que se postulan no están reñidos *per se* con un sistema político "abierto".

Habría que apuntar de partida que la polémica sobre estas cuestiones es legítima y necesaria, aunque no lo sean, claro está, las exageraciones y deformaciones que la acompañan.

La manera corriente de abordar el tema es por medio de la analogía —método que, como alguien dijo, es el gran enemigo de las ciencias sociales. Sin embargo, aparte de su papel relativo, no puede desconocerse que resulta muy directo y atrayente. Desde este ángulo todo es bien simple: lo que ocurrió en otras partes tendrá que suceder o repetirse aquí.

Huelga subrayar la falacia histórica del argumento, que equivaldría, por ejemplo, a sostener que si la destrucción del «viejo orden» en Francia exigió una revolución sangrienta, lo propio debería haber ocurrido en cada repetición del fenómeno. Como se sabe las cosas no ocurrieron así. En este sentido, dicho sea de paso, los conservadores recalcitrantes andan tan descaminados como los revolucionarios ortodoxos, que también trabajan sobre la base de analogías, aunque sea por demás obvio en la historia que las grandes revoluciones son más bien la excepción que la regla.

En la realidad, las formas del cambio estarán establecidas tanto por las circunstancias particulares y específicas del lugar y tiempo como por las generales y

externas. Volviendo al ejemplo anterior y extendiéndolo decimos: que habitualmente las grandes revoluciones en un país han tenido algunos efectos paradójicos, como el de hacer innecesaria en otras partes la repetición de sus facetas más duras.

Aunque sean obvias las limitaciones del raciocinio por analogía, ello no involucra que el método sea totalmente inválido, especialmente si se tienen en consideración aspectos propios de cada caso.

En este aspecto sería errado subestimar lo que antes se adelantó en relación a los modos o formas en que han ocurrido los principales cortes políticosociales de los últimos decenios en Chile. En cada uno de ellos, el balance electoral sólo arrojó ventajas marginales para los promotores del cambio; sin embargo, a la postre, tras tensiones, incidentes y hasta pánicos —que muchos por falta de edad o memoria ya no recuerdan— la transformación buscada se abrió paso, si no caudalosa o vertiginosamente, al menos con sello de irreversibilidad.

Las objeciones a este planteamiento son previsibles: las mutaciones anteriores no envolvían un viraje tan radical del *statu quo* como la que ahora se postula; ergo, no cabe la analogía.

Se podría argüir largamente sobre la materia, pero, tras dejar sentado el punto, preferimos trasladar el examen a un plano más sustantivo y pertinente.

A nuestro juicio, cualquier apreciación realista de la situación presente y de sus proyecciones tiene que asentarse obligadamente en las características muy peculiares de la estructura social y política chilena. Ellas son las que establecen el marco objetivo donde se da la acción y se libran las luchas. Ellas son las que marcan las diferencias entre lo que unos quieren y lo que efectivamente pueden o se puede. Recordando un viejo aforismo marxista: si bien los hombres hacen la historia, lo cierto es que la hacen dentro de parámetros que fijan los

linderos generales de sus radios de maniobra, sus oportunidades de decisión.

Desde este ángulo, lo que diferencia a Chile de la mayoría de los países latinoamericanos no es la »vocación de libertad« o el »respeto a la institucionalidad«, valores importantísimos, pero que no pasan de ser abstracciones para buena parte de la población. Lo que distingue desde antiguo a esta nación es el grado de estructuración de sus fuerzas sociales; la partidización de esas mismas fuerzas según cánones clasistas e ideológicos; la vertebración de instituciones básicas como las fuerzas armadas, la propia Iglesia, los sindicatos, las agrupaciones gremiales, los movimientos estudiantiles, etcétera.

De esos factores objetivos, sedimentados en un largo decurso, que lejos de congelarse se han ido renovando secularmente, derivan en verdad los grados crecientes de convivencia democrática y participación general. Ellos son los pilares ciertos de la institucionalidad chilena. Paradójicamente, no es improbable que esa misma estructuración social, base evidente de la solidez institucional, al no traducirse en mayorías indisputables, sea una de las causas profundas de la falta relativa de dinamismo económico y de la escasa ampliación de la plataforma material de sustentación. Pero este rasgo, como se comprende, no debería ni podría ser causa de un rechazo de esta institucionalidad. El problema es cómo hacerla funcionar con mayor eficacia social.

La cuestión, por lo demás, ha quedado suficientemente expresada en el significado de las cifras electorales. Así como alguien ha señalado que unos dos tercios de la población se pronunciaron contra todo (el conservadurismo, la democracia cristiana y el »camino al socialismo«), es mucho más pertinente sostener que *hay dos denominadores abrumadoramente mayoritarios: el que expresa la voluntad de cambios sustanciales y el que pre-*

coniza el mantenimiento de un sistema «abierto», democrático y pluripartidista.

El gran problema, el decisivo, es cómo ecuacionar esos términos, que hasta ahora no han logrado congeniar por completo y derivar en un régimen con amplia eficacia social.

Ahí está el reto para la dirigencia política chilena. Para contestarlo no parece haber «atajos» ni soluciones mágicas. Cualquier combinación que pretenda sacrificar uno de los términos en aras del otro parece condenada a fracasar o a crear problemas aún mayores que el que se plantea.

Por otro lado, sin embargo, poca duda cabe que las propias y complejas realidades de esa conformación estructural establecen condiciones excepcionales para el tránsito hacia fórmulas originales, que ya en sus manifestaciones embrionarias suscitan no sólo el interés latinoamericano sino también el mundial. En otras palabras, las circunstancias objetivas y subjetivas para nuevas formas de iniciativa y organización sociales existen. Traducirlas en realidad será responsabilidad del liderato político. Y si éste fracasa, que no le eche la culpa al empedrado...

¿UN «OPTIMISMO PESIMISTA»?

En gran medida —y en relación al punto de vista de algunos grupos— el análisis esbozado puede parecer «optimista». Esto por una razón primordial: porque admite la «discontinuidad» que implica un cambio y, a la vez, la «continuidad» que supone mantener ciertas formas básicas de convivencia y expresión.

Por otro lado, también podría pensarse que es «pesimista», en el sentido de que no avizora transformaciones tan importantes como para establecer un corte cualitativo en la evolución presente.

Lo primero es efectivo, siempre que se tengan en cuenta las reservas formuladas y la posibilidad siempre real de que acontecimientos inesperados y, en sustancia, »innecesarios«, socaven todo el análisis.

Lo segundo no nos parece cierto. El programa del movimiento de izquierda descansa sobre un objetivo central y cualitativo, que involucra un cambio en el sistema de poder real o, si se quiere, la modificación de un parámetro de ese sistema, cual es la ampliación de la esfera de dominio público, aunque esto, por sí solo, no constituya (o pueda constituir) una apertura hacia el socialismo.

Todos los demás propósitos están subordinados a la consecución y operación adecuadas de ese objetivo. Y en las condiciones estructurales descritas, la iniciativa es viable, aunque reste todavía por verse la manera y la eficacia con que esa base vital de acción podría o debería aprovecharse.

Tal iniciativa central puede ser difícil o conflictiva, pero más en el aspecto operacional que en el de la decisión, ya que para ésta no sería difícil obtener el asentimiento democristiano, siempre que la órbita de acción sea establecida con claridad y no al calor de conflictos o presiones subalternas o locales.